

Palabra del Señor 2008

Lectura del evangelio y reflexión diaria
para los cofrades leoneses

Cuaresma y Semana Santa



La Horqueta Digital
www.horqueta.net

Prólogo

Xuasús González. *Bracero Mayor*

Ya está aquí. Con el turrón *a medio comer*. Tenía prisa por venir. Y nosotros de que llegara. Ha *madrugado* y, aún así, la espera ha sido larga. Pero ya es una realidad. Estamos en Cuaresma.

Como es ya costumbre en La Horqueta Digital, queremos aprovechar tan ansiada efeméride para ofrecer a todos los lectores *Palabra del Señor*, la 'herramienta' ideal para vivir este tiempo –nuestro tiempo– de forma especial.

Palabra del Señor 2008 invita a la lectura del evangelio de cada día, acompañado por una breve reflexión, pensada específicamente para los cofrades leoneses.

Todos estos comentarios han sido realizados por sacerdotes de la diócesis de León, a saber: Rubén García Peláez, Jesús Fernández González, José Sánchez González, Roberto da Silva Caetano y Antonio Trobajo Díaz. Los nombres hablan por sí solos.

Desde La Horqueta Digital, no podemos más que agradecer su colaboración, por la que reciben como único pago nuestro reconocimiento. Gracias. Y con más motivo, si cabe, en un año como este en el que las prisas han hecho que tuvieran que trabajar contrarreloj. Gracias de corazón.

Permítanme los lectores un último consejo. Basado en la experiencia. La lectura correspondiente, al levantarse, antes de comenzar la jornada, sirve para 'encarrilar' el día. Créanme.

Requiere una inversión de poco más de tres minutos. El resultado, ya me lo contarán.

Miércoles, 6 de febrero de 2008. Miércoles de Ceniza*Mt 6, 1-6. 16-18*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos, de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no vayas tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará. Cuando recéis, no seáis como los hipócritas a quienes les gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga.

Tú, cuando vayas a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará. Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los hipócritas que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará".

Una catástrofe natural, una larga sequía y una plaga de langostas, unida a un ambiente apático y decadente, le sirven al profeta Joel para reunir a la asamblea del pueblo y pedir perdón a Dios. Para él, la causa fundamental de la situación está en que se han olvidado de Dios y descuidan su alianza. Ahora, lo que se les pide es que vuelvan la mirada a su Señor y espabilen el oído para escucharle y ser fieles a su voluntad. Como en tiempos de Joel, también hoy nos asustan la sequía de la fe y las vocaciones, las plagas que arrasan los valores humanos y cristianos. La Cuaresma que comenzamos hoy nos recordará que no debemos caer en la desesperanza: Dios nos tiende su mano llena de bondad y misericordia. Arrepintámonos y dejemos que el Espíritu cambie nuestra mentalidad, nuestro corazón.

Jesús, en el Sermón del Monte, enseña a los discípulos cómo tiene que ser su estilo de vida. Describe las tres dimensiones en que el creyente se relaciona y propone tres actividades que, realizadas humildemente desde la pequeñez, nos ayudarán en el camino de la conversión. La oración será el motor en nuestra conversión hacia

Dios. La limosna realizará y expresará nuestra conversión a los hermanos más pobres. Y, en fin, el ayuno será expresión del autodomínio, de la libertad de los hijos de Dios.

Jesús Fernández González

Jueves, 7 de febrero de 2008

Lc 9, 22-25

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día". Y, dirigiéndose a todos, dijo: "El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?".

En pocos lugares mostramos tanta atención como en los cruces de caminos. De tomar bien o mal la dirección adecuada dependen muchas cosas. En la primera lectura, Moisés dirige al pueblo un discurso en el que utiliza la imagen de la encrucijada de caminos. Si se elige seguir la senda marcada por Dios, se va hacia la vida. Si se hace caso a las tentaciones y se adora a dioses extraños, se va hacia la muerte. También Jesús nos pone delante una alternativa paradójica: el que quiera salvar su vida debe negarse a sí mismo, cargar con su cruz cada día e irse con Él.

La Cuaresma es tiempo de opciones, tiempo en que se nos invita cada año a revisar nuestra dirección en la vida. Con frecuencia nos asalta la tentación de desviarnos del camino recto. Una vez más, Jesucristo pone ante nosotros el camino del bien, un camino cuesta arriba, un camino contra corriente. Se trata del camino de la negación de lo peor de nosotros mismos, se trata del camino de la cruz que Él mismo siguió. La experiencia nos enseña que es el camino que nos llevará a la auténtica felicidad y nos hará sentir las bendiciones del Señor. Otros, en cambio, se preocuparán de hacernos creer que es mejor el camino contrario. Desde luego, será un camino más cómodo, pero lleva directamente al fracaso.

Celebrar la Eucaristía es una de las mejores maneras de expresar nuestra opción por Cristo Jesús y por el camino que conduce a la

vida. Es, al mismo tiempo, uno de los mejores modos de alimentarnos y coger fuerzas para continuar sin desmayo por el camino que hemos elegido.

Jesús Fernández González

Viernes, 8 de febrero de 2008

Mt 9, 14-15

En aquel tiempo, se acercaron los discípulos de Juan a Jesús, preguntándole: “¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?”. Jesús les dijo: “¿Es que pueden guardar luto los invitados a la boda, mientras el novio está con ellos? Llegará un día en que se lleven al novio, y entonces ayunarán”.

El pueblo de Israel quiere aplacar a Dios y reparar sus pecados a través de un ayuno mal entendido, un ayuno que el profeta Isaías tacha de falso e hipócrita. La abstinencia de alimentos, en este caso, no va acompañada del amor, la justicia, la misericordia con los demás. Los ritos externos, sin amor interior, no sirven de nada.

En el Evangelio, Jesús aparece como un ser vital y alegre. Se compara a sí mismo con el novio, lo que nos sugiere la fiesta. Pero también indica que <<se llevarán al novio y entonces ayunarán>>.

No debemos conformarnos con un ayuno, con unas prácticas meramente externas: ayuno, renunciaciones, sacrificios, etc. El ayuno cuaresmal debe ir acompañado, como nos recordaba Isaías, de la caridad, la justicia, la ayuda a los marginados, el compartir intereses con los demás... Por otra parte, nuestro ayuno no es signo de tristeza, pues tenemos al Novio entre nosotros, particularmente en la Eucaristía. Pero esta presencia no es transparente del todo. No terminamos de verle. Por eso, como aquellas vírgenes de la parábola, debemos mantener las lámparas llenas de aceite, es decir, optar por lo importante, dejando a un lado lo que nos estorba para contemplarle y servirle en los demás.

Jesús Fernández González

Sábado, 9 de febrero de 2008*Lc 5, 27-32*

En aquel tiempo, Jesús vio a un publicano llamado Leví, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: "Sígueme". Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa, y estaban a la mesa con ellos un gran número de publicanos y otros. Los fariseos y los escribas dijeron a sus discípulos, criticándolo: "¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores?". Jesús les replicó: "No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan".

Si ayer era el ayuno el que se relativizaba y se le situaba en el contexto de la justicia y la caridad, hoy es el sábado, otra de las instituciones judías fundamentales. También este día debe ser ocasión para la justicia social y la caridad fraterna. Si así lo haces – dice el profeta-, <<brillará tu luz en las tinieblas y el Señor te dará reposo permanente>>.

En el Evangelio, se nos narra la vocación del apóstol Mateo. Aparecen en la narración tres personajes: Jesús que llama, Mateo que lo deja todo y le sigue, y los fariseos que murmuran. Llama la atención que Jesús se atreva a invitar al seguimiento a un publicano, a un recaudador de impuestos para la potencia extranjera e invasora, a un aprovechado, a un pecador. Por su parte, Mateo se lanza tras de Jesús, movido por la gran confianza que le ha demostrado. Finalmente, nos situamos ante los fariseos que le critican por comer y beber con publicanos y pecadores. Éstos hacen lo mismo que el hijo mayor de la parábola del hijo pródigo. Pero la lección de Jesús no se deja esperar: "No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan".

Mirando a Jesús y a los fariseos nos preguntamos: ¿cuál es nuestra actitud ante los demás? ¿Somos acogedores y comprensivos como Jesús, o duros y acusadores como los fariseos? ¿Somos de las personas que califican rápidamente a los otros de buenos o malos? ¿Les damos un voto de confianza como ayuda en la rehabilitación?

Jesús Fernández González

Domingo, 10 de febrero de 2008*Mt 4, 1-11*

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre. El tentador se le acercó y le dijo: "Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes". Pero Él le contestó, diciendo: "Está escrito: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"". Entonces el diablo lo lleva a la ciudad santa, lo pone en el alero del templo y le dice: "Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: "Encargaré a los ángeles que cuiden de ti, y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras"".

Jesús le dijo: "También está escrito: "No tentarás al Señor, tu Dios"". Después el diablo lo lleva a una montaña altísima y, mostrándole los reinos del mundo y su gloria, le dijo: "Todo esto te daré, si te postras y me adoras". Entonces le dijo Jesús: "Vete, Satanás, porque está escrito: "Al Señor, tu Dios, adorarás, y a Él solo darás culto"". Entonces lo dejó el diablo, y se acercaron los ángeles y le servían.

Las lecturas que la liturgia nos regala, en este primer domingo de Cuaresma, nos presentan dos personajes principales: Adán y Jesús. Ambos son guiados por el Espíritu al desierto, es decir, a la tierra de la dificultad y la tentación. La respuesta de ambos es completamente distinta. Mientras que Adán sucumbe a la gran tentación de no reconocer y aceptar las propias limitaciones, el carácter de criatura, Jesús vence al mal aceptando la voluntad del Padre sobre Él.

Hoy nosotros también estamos situados en el lugar de la dificultad y de la tentación. El maligno es muy listo y nos tienta de la forma más sutil. Además, cuenta con un voluntariado fuerte y numeroso que le hace el trabajo: aquellos que le prestan la voz o el ejemplo para tentar a otros.

Como Jesús, también nosotros estamos tentados por el tener, el placer y el poder. De todos esos dioses, quizás el que más activo hoy sea el dinero. Muchos comienzan buscando dinero para vivir y terminan viviendo para tener más riquezas. Conviene, pues, no olvidar las palabras del Maestro: "no podéis servir a Dios y al dinero". ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo vencer al maligno? El camino ya nos lo indicó el mismo Jesucristo: la escucha de la Palabra. El Señor no deja de hablarnos, de responder a nuestras dudas, de animarnos, de

mostrarnos su cercanía y cariño. No cerremos los oídos y el corazón a su voz. Sus caminos son caminos de vida. En esta Cuaresma recién estrenada, redoblemos nuestro compromiso de escucha, meditación y seguimiento del que es la Palabra.

Jesús Fernández González

Lunes, 11 de febrero de 2008

Mt 25, 31-46

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme". Entonces los justos le contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?". Y el rey les dirá: "Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis". Y entonces dirá a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis". Entonces también éstos contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?". Y él replicará: "Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo". Y éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna".

Como hemos escuchado en la primera lectura, Moisés le presenta al pueblo un código de santidad. Es lógico que Dios, el Santo, quiera que sus hijos se le parezcan y no por autocomplacencia, sino por su propio bien. De los mandamientos enumerados por Moisés, hay alguno que se refiere a Dios, como el de no jurar en falso, pero la mayoría subraya la caridad y la justicia con los demás. Merece que

reparemos especialmente en la última consigna: <<amarás a tu prójimo como a ti mismo>>. En el Evangelio, Jesús sigue pidiéndonos caridad hacia el hermano.

Desde el comienzo de la Cuaresma se nos viene insistiendo en el compromiso del amor fraterno como la mejor preparación para participar en la Pascua de Cristo. Y si la primera lectura fundamentaba ese deber en la igualdad entre las personas, la segunda lo fundamenta en la presencia de Dios en el hermano, una presencia que no siempre es descubierta por el hombre, pero que no por ello deja de ser real.

Los cristianos estamos más entrenados en descubrir a Cristo en la Eucaristía que en descubrirle fuera del templo, en la vida, en la calle, en el hermano. Sin embargo, el mismo Señor que contemplamos en el Sacramento Eucarístico es el que está en el hermano y en él reclama nuestro amor. No bastará con evitar hacerle daño. Debemos amarle y servirle como se merece. Así nos prepararemos para el examen final, en el que nos preguntarán sobre el amor: si hemos dado de comer, si hemos acompañado, si hemos visitado... Resulta que eso era lo único fundamental.

Jesús Fernández González

Martes, 12 de febrero de 2008

Mt 6, 7-15

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros rezad así: "Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del Maligno". Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas".

Si las lecturas de ayer subrayaban la caridad fraterna en el programa cuaresmal, hoy destacan la oración. En primer lugar, el profeta Isaías, recogiendo la imagen campestre de la lluvia que cae sobre la tierra sedienta y la empapa y la hace germinar, nos recuerda que la Palabra de Dios es siempre eficaz. Por su parte, el evangelista Mateo

nos presenta a Jesús enseñándonos a orar. La oración es un diálogo de amor. A la Palabra que baja sobre la tierra responde ahora la palabra que sube al cielo. A la Palabra que Dios nos dirige responde nuestra propia palabra, una palabra que no debe prodigarse superflamente, ya que no se trata de informar a Dios de algo que no sabe, ni de convencerle de nada. La fórmula del Padrenuestro es la mejor que podemos emplear. Se la ha llamado, y con razón, <<resumen de todo el evangelio>>.

La primera mesa que se nos ofrece en la Eucaristía es, precisamente, la de la Palabra. Ojalá la acojamos y la dejemos germinar en nuestro campo. Hagamos también que nuestra oración suba a Dios y que sea, sobre todo, expresión de gratitud y alabanza por el gran amor que nos tiene y nos manifiesta. Con frecuencia centramos excesivamente nuestra oración en pedir a un Dios tapa-agujeros. A cualquier padre le gusta que su hijo o hija le pida algo de vez en cuando. Pero no le agrada demasiado que ese hijo o esa hija abran sólo la boca para pedir. Precisamente la oración modélica del Padrenuestro nos muestra todo el equilibrio de una buena oración.

Jesús Fernández González

Miércoles, 13 de febrero de 2008

Lc 11, 29-32

En aquel tiempo, la gente se apiñaba alrededor de Jesús, y él se puso a decirles: "Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para esta generación. Cuando sean juzgados los hombres de esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón. Cuando sea juzgada esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás".

El profeta Jonás no es precisamente un profeta modélico. Se ha resistido todo lo que ha podido a la llamada de Dios que le pide que vaya a Nínive a predicar la conversión a un pueblo frívolo, pecador. Jonás, que además no entiende que Dios se compadezca de los ninivitas, al final se decide a realizar el encargo.

Por su parte, la reina de Saba, atraída por la fama de Salomón, viene a verle. Tanto los nivivitas como la reina de Saba son propuestos como modelos de creyentes al pueblo judío reacio a aceptar las llamadas a la conversión y las invitaciones a acoger a Jesús de Nazaret como el profeta enviado de Dios.

Los cristianos de estas tierras leonesas seguimos siendo realmente unos privilegiados. Tenemos bien servidas las mesas de la Palabra y la Eucaristía, contamos con enormes posibilidades para formar, celebrar y vivir la fe. Pero quizás también nosotros merezcamos el reproche del mismo Jesús: <<Esta generación es una generación perversa>>. Rodeados de signos, rodeados de presencia divina, ni nos enteramos, seguimos a lo nuestro. Hoy hace una semana que iniciábamos, con el rito de la ceniza, el tiempo cuaresmal, ¿estamos poniendo suficiente empeño en renovar nuestra existencia y empañarla del Evangelio?

Jesús Fernández González

Jueves, 14 de febrero de 2008

Lc 10, 1-9

En aquel tiempo, designó el Señor otros setenta y dos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él. Y les decía: "la mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies. ¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos. No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias; y no os detengáis a saludar a nadie por el camino. Cuando entréis en una casa, decid primero: "Paz a esta casa". Y, si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comed y bebed de lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa. Si entráis en un pueblo y os reciben bien, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya, y decid: "Está cerca de vosotros el reino de Dios"

Los santos que hoy conmemoramos (San Cirilo y San Metodio) están en las raíces de la fe cristiana para los países del Este. En el año 1980, Juan Pablo II los nombró copatronos de Europa, junto con San Benito quien ya ostentaba ese título. Hay que destacar en ellos la adaptación a la cultura de los varios pueblos que evangelizaron.

En la primera lectura se nos presenta a Pablo y Bernabé, otra pareja de intrépidos evangelizadores que tenían conciencia de haber sido

enviados, sobre todo, a los paganos. Y aunque a unos y a otros no les faltaron los problemas y las dificultades, todos se mantuvieron firmes en el empeño de anunciar a Jesucristo.

El evangelio de Lucas nos narra el envío que hace Jesús de los setenta y dos discípulos. Los envía de dos en dos a los pueblecitos de la comarca y les aconseja que vayan con austeridad personal, con decisión. Desde entonces, ¡cuántos cristianos han seguido el encargo de Jesús y han dado testimonio de palabra y obra de mismo Señor!

Hoy nos corresponde a nosotros evangelizar. Por el bautismo hemos sido incorporados a Cristo, la Buena Noticia que lucha por llegar a todos los seres humanos. Formamos parte de una Iglesia misionera, edificada sobre los apóstoles. Como Cirilo y Metodio deberíamos hacer todos los esfuerzos pedagógicos necesarios en nuestro apostolado para cercano y accesible el Evangelio a las personas que no conocen a Jesucristo y tienen dificultades para comprenderle, amarle y seguirle.

Jesús Fernández González

Viernes, 15 de febrero de 2008

Mt 5, 20-26

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Si no sois mejores que los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: "No matarás", y el que mate será procesado. Pero yo os digo: Todo el que esté peleado con su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano "imbécil", tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama "renegado", merece la condena del fuego. Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Con el que te pone pleito, procura arreglarte en seguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuarto".

Seguimos avanzando en el **itinerario cuaresmal**, camino hacia la Pascua. En el evangelio de este día se nos invita a caer en la cuenta del error que supone mantener una falsa religión que se fundamente en las apariencias externas de comportamientos morales y de acciones litúrgicas. **Cuenta lo que somos por dentro.**

Esta invitación a la pureza de intenciones además se nos ofrece en el marco del "Sermón de la Montaña", que nos transmite el evangelio de San Mateo y que es considerado como el catecismo más fundamental del cristianismo. Y además adquiere aún mayor importancia al ver que se nos presenta mediante el recurso de unas contraposiciones entre las interpretaciones restrictivas de los letrados y fariseos (y aun de la misma ley de Moisés) y la opinión autorizada de Cristo, introducida por una fórmula intensa: "*Pero yo os digo...*". Todo esto nos debe convencer de la importancia del pasaje. Así es.

Todo el relato apunta a un vértice: el nuevo, y obligado, tipo de relaciones que hemos de establecer con los demás. Si hemos de estar en las coordenadas del reinado de Dios, todos los demás serán siempre mis hermanos. En las cuestiones grandes (el "no matarás") y en las pequeñas (el insulto), en la sensibilidad para la reconciliación y en los desentendimientos que se pudieran producir. Son las aplicaciones concretas del viejo adagio. "*En todo, caridad*".

Antonio Trobajo Díaz

Sábado, 16 de febrero de 2008

Mt 5, 43-48

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo" y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto".

Estamos en el mismo contexto del evangelio del día de ayer y ante el mismo recurso literario utilizado por el evangelista de las contraposiciones: "*Habéis oído que se dijo... Yo, en cambio, os digo...*". Una vez más el recurso subraya la importancia de lo que Cristo va a enseñarnos.

En este caso la referencia es **el amor al prójimo**, que no permite ningún tipo de exclusión. El odio a los enemigos es una interpretación excesiva del Antiguo Testamento (véase Lev 19, 18) llevada a cabo por las escuelas rabínicas. Jesús fulmina ese exceso con un mandato

totalmente revolucionario en positivo: *“Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian”*.

Ese salto de categoría histórica se fundamenta en dos razones, de diferente pero: una, fundamentada en la providencia universal del mismo Dios, que no hace discriminación alguna; la otra es un argumento de lógica humana: en algo novedoso nos deberemos distinguir los discípulos de Cristo. En el evangelio de San Juan se nos dirá de otro modo: *“En estos conocerán que sois mis discípulos: en que os amáis los unos a los otros”*.

Finalmente, todo el pasaje de las contraposiciones acaba con una sentencia que pone el fundamento último al estilo de nuestros comportamientos: *“Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”*.

Antonio Trobajo Díaz

Domingo, 17 de febrero de 2008

Mt 17, 1-9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con Él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: “Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: “Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo”. Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: “Levantaos, no temáis”. Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: “No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos”.

Este domingo es el de la Transfiguración del Señor “en una montaña alta”, que la tradición viene identificando como el monte Tabor, en Galilea. Las grandes manifestaciones de Dios en la Biblia suelen tener como escenario estos lugares: es una forma de escenificación de acontecimientos que se salen de lo ordinario, como son las “teofanías” de Dios. Pues bien, allí Jesús, “después de anunciar su muerte a los discípulos, les mostró en el monte santo la plenitud de

su gloria, para testimoniar, de acuerdo con la Ley y los Profetas, que la pasión es el camino de la resurrección" (Prefacio del día).

Ante los discípulos preferidos, que representan a toda la Iglesia naciente, Jesús muestra **su dimensión divina** ("*su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz*") y concentra en su persona toda la Historia de la Salvación, ya que en Él convergen la Ley (los libros de Moisés) y los Profetas (los demás libros del Antiguo testamento), representados en Moisés y Elías. Es una **forma de anticipar su gloria**, como resucitado, pero siempre como término de una vida entregada hasta la muerte: como describe San Pablo en la Carta a los Filipenses, se abajó hasta la muerte y por eso Dios le dio el Nombre-sobre-todo-Nombre.

Al comienzo de la Cuaresma, la Liturgia de la Palabra de este Domingo nos muestra el término del Misterio Pascual de Cristo, su Victoria sobre la muerte; nos ofrece las claves para interpretar todo el Antiguo Testamento; y muestra a los apóstoles un camino que, a pesar de los sobresaltos, siempre será consolador. Para que todo esto se vaya cumpliendo, la sabiduría del Padre abre el cofre de sus secretos y marca sus exigencias: "*Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo*".

Antonio Trobajo Díaz

Lunes, 18 de febrero de 2008

Lc 6, 36-38

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis, la usarán con vosotros".

Seguimos en este pasaje evangélico rastreando los factores que son clave para la edificación de la condición de discípulos de Cristo. Es la cara positiva de la conversión. En este caso el evangelio de San Lucas, en un apartado equivalente al "Sermón de la Montaña" en San Mateo (en este caso, las enseñanzas de Jesús se producen en una llanura), nos presenta una serie de imperativos que, de alguna manera son la concreción del **mandamiento del amor al prójimo**.

Siempre deberemos estar cargados de misericordia hacia los demás. Nunca estaremos autorizados a ocupar el puesto de Dios que es el único que puede juzgarnos y, por eso, jamás podremos condenar a

nadie. Lo nuestro será el perdón; éste es uno de los distintivos del discípulo, al estilo de Jesús: *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"* (Lc 23, 34); y en imitación de la inmensa generosidad reconciliadora del Padre (véase parábola de la misericordia del padre, más conocida como la "del hijo pródigo", en Lc 15, 11-32).

Y todavía se añade una palabra más: la donación a los otros con absoluta capacidad de derroche. Con un consejo muy sabio en frase lapidaria: *"La medida que uséis, la usarán con vosotros"*.

Antonio Trobajo Díaz

Martes, 19 de febrero de 2008

Mt 23, 1-12

En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a sus discípulos, diciendo: "En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias por la calle y que la gente los llame maestros. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno sólo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar consejeros, porque uno sólo es vuestro consejero, Cristo. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido".

El relato está en el contexto de las discusiones de Jesús con los dirigentes religiosos del pueblo de Israel, que habían conservado las normas del Antiguo Testamento, pero que las habían desprendido de su **espíritu interno**, para convertirlas en formas externas hijas de la hipocresía: *"Todo lo que hacen es para que los vea la gente"*. De este modo, la conducta de los responsables del pueblo (maestros de la Ley y fariseos) se ha convertido en un contrasigno del espíritu que late tras la literalidad de las palabras. Este viejo pecado, al que Jesús se enfrentará con intensidad, porque es un pecado que subvierte lo más esencial de la verdadera religión, puede estar siempre acechando a la Iglesia, con varias posibilidades y variantes.

Por ejemplo, el ejercicio de la autoridad, que debe siempre estar asentado en la coherencia entre lo que se dice y lo que se practica. Por ejemplo, el cumplimiento de los mandamientos, que debe nacer de una disposición interior y purificada y nunca de intereses bastardos o en afanes de aparentar. Por ejemplo, la disposición interna de quien tiene responsabilidades en la comunidad, que jamás deberá vanagloriarse y dejarse llamar maestro, padre o jefe. Efectivamente, *“el primero entre vosotros será vuestro servidor”*.

Antonio Trobajo Díaz

Miércoles, 20 de febrero de 2008

Mt 20, 17-28

En aquel tiempo, mientras iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomando aparte a los Doce, les dijo por el camino: “Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará”. Entonces se le acercó la madre de los Zebedeos con sus hijos y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: “¿Qué deseas?”. Ella contestó: “Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda”. Pero Jesús replicó: “No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?”. Contestaron: “Lo somos”. Él les dijo: “Mi cáliz lo beberéis; pero el puesto a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre”. Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús, reuniéndolos, les dijo: “Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos”.

Este relato, el del tercer anuncio de la pasión y, frente a él, la búsqueda de los puestos importantes con el tráfico de influencias de la madre de los hijos de Zebedeo, es una especie de relato con trasfondo teológico del evangelio del día anterior. Es lo que llaman los expertos en Sagrada Escritura “teología narrativa”. El pasaje de ayer hablaba de cómo quienes tienen responsabilidades de autoridad deben estar en la comunidad en actitud de ser servidores y de ser esclavos de los demás (véase en Jn 13, 1 ss., el relato del lavatorio de los pies, que es un pasaje de la misma tonalidad de éstos).

Aquí el contexto es todavía más dramático: el marco en el que aparece la narración de la infeliz intervención de la madre de Santiago y de Juan, es nada menos que el anuncio de la próxima pasión y muerte de Jesús. Cuando todo huele ya a un nuevo tiempo que trastoca todas las formas de ver la realidad y consagra como valores supremos el servicio, la donación y hasta el sacrificio personal hasta la muerte, algunos de los predilectos muestran su total desconocimiento de la novedad, buscando los primeros puestos en un presunto reino político-social. Lo mismo parecían apetecer los demás, que se mueven por una indignación malsana. Jesús aprovecha la situación para enseñarles lo propio del nuevo tiempo: *"El que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo"*. Esto no es literatura: Él mismo va delante. No ha venido para que le sirvan, sino para **dar la vida por los otros**.

Antonio Trobajo Díaz

Jueves, 21 de febrero de 2008

Lc 16, 19-31

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: "Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banquetaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritó: "Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas". Pero Abrahán le contestó: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros". El rico insistió: "Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento". Abrahán le dice: "Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen". El rico contestó: "No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán". Abrahán le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto"

El Evangelio de hoy nos presenta la parábola del hombre rico y del pobre llamado Lázaro. Pertenece el pasaje a las enseñanzas de Jesús a sus discípulos cuando suben hacia Jerusalén, con lo que eso significa de proximidad a los momentos culminantes de su condición mesiánica. Diríamos que Jesús desgrana lo más esencial de su Mensaje en estos momentos. En este caso la parábola la podemos entender como un relato que pone escenario y actores en la proclamación de las Bienaventuranzas y de sus contrarias, las Malaventuranzas (véase Lc 6, 20-26): se nos enseña cómo en el reino de Dios todo es diferente a como lo vemos en esta tierra. **Los pobres son los preferidos y bienaventurados**; los autosuficientes ya tienen bastante con haber disfrutado aquí de su cielo.

El pecado de éstos no es tanto el haber despreciado al pobre (cosa que en la parábola no aparece) cuanto el haber perdido la sensibilidad para descubrir que el otro es mi hermano y está junto a mí necesitando de mí. Otro pecado es haber hecho oídos sordos a la voz de la Escritura (Moisés y los Profetas) que contiene avisos suficientes y claros acerca del ejercicio de la fraternidad. Pero ambas culpas tienen una raíz, que en los Evangelios aparece como el mayor peligro: el apego a las riquezas. El pecado mayor es haber convertido el dinero en su único dios. *"No podéis servir a Dios y al dinero"* se lee unos versículos antes.

Un detalle más: el pobre Lázaro es el único personaje de todas las parábolas que tiene nombre propio. Éste significa el "Ayudado por Dios". Un detalle más de la apuesta que Dios hace por los pequeños y humildes.

Antonio Trobajo Díaz

Viernes, 22 de febrero de 2008

Mt 16, 13-19

En aquel tiempo, al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: "¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?". Ellos contestaron: "Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas". Él les preguntó: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Simón Pedro tomó la palabra y dijo: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo".

Jesús le respondió: "¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre, que está en el cielo. Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra

edificaré mi Iglesia, el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo”.

La narración del evangelio (el diálogo con los apóstoles y Pedro acerca de su identidad) conecta directamente con al fiesta del día: la fiesta de la Cátedra de San Pedro en Roma. En este relato se nos cuenta la promesa del **Primado** sobre Pedro y sus sucesores.

El evangelista parece querer asentar bien la veracidad del hecho dándole entorno geográfico concreto: las proximidades de la ciudad de Cesarea de Filipo, en la Traconítide. Así parece dar historicidad plena al acontecimiento.

Hay un diálogo de Cristo con los discípulos de corte catequético a base de preguntas y respuestas. El tema es el más central posible en la fe cristiana: ¿Quién es Jesús de Nazaret? Las respuestas se dispersan, como de hecho ocurría en la realidad del entorno: “Juan Bautista, Elías, Jeremías, uno de los Profetas”. Jesús pasa a lo que le interesaba: ¿Qué piensan los discípulos sobre él? La respuesta es de Simón Pedro: “*Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*”.

Jesús, con la respuesta de Pedro se llena de alegría, porque entiende que allí Dios Padre le está manifestando de manera directa y evidente quién debe ser el primero entre los Apóstoles. Por eso comienza consagrándolo como “dichoso”, es decir, como un hombre que asume el espíritu de las Bienaventuranzas. Sobre Pedro han de recaer promesas y seguridades: Simón será a partir de entonces la **Piedra** sobre la que se asentará la Iglesia, quien contribuirá a la permanencia de la Iglesia por encima de cualquier peligro y quien sostendrá las llaves que dan acceso al reino de Dios.

Antonio Trobajo Díaz

Sábado, 23 de febrero de 2008

Lc 15, 1-3. 11-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: “Ése acoge a los pecadores y come con ellos”. Jesús les dijo esta parábola: “Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor,

juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de saciarse de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino a donde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros". Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado". Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y, llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud". Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". El padre le dijo. "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado".

Este sábado la Liturgia nos regala la que algunos han llamado "la perla de las parábolas". Es la mal llamada "parábola del hijo pródigo", cuando en realidad el protagonismo pertenece a la bondad sin límites del padre; deberíamos, pues, llamarla, "**la parábola del padre lleno de ternura**". Sin olvidar que en ella también aparece la figura del hijo resentido y envidioso. Pertenece a las que algunos expertos llaman las "parábolas de la misericordia" en el evangelio de San Lucas. Ahí está la lección que se nos ofrece.

El hijo pequeño, humanamente hablando, nada merece; se ha hecho indigno de la pertenencia a la familia y de la estima de los demás. En ese juicio se queda su hermano mayor. No así el padre, que lo

espera, sale a su encuentro, lo abraza, le pone el mejor traje, le entrega el anillo en señal de readmisión... Con ese regreso y esa acogida hay razones para la fiesta y el banquete. Como si nada hubiera pasado. Así son las cosas en el reinado de Dios.

Lo que ocurre es que no suele ser así en el reinado de los hombres: el hermano mayor reacciona como si la generosidad del padre no bastara para hacer escuela. Se rebela contra lo que él considera privilegio e injusticia. Y aquí nuevamente la delicadeza cargada de misericordia del padre: *"Hijo, tú estás siempre conmigo..."*. La parábola termina sin cerrar el posible argumento, pero basta para que quede en claro lo importante: para Dios no hay nadie excluido, ni de cerca ni de lejos, ni los que se han ido ni los que, a pesar de estar al lado físicamente, no acaban de entender lo que significa y exige la inmediatez de la ternura de Dios.

Antonio Trobajo Díaz

Domingo, 24 de febrero de 2008

Jn 4, 5-11. 19b-26. 39a. 40-42

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dijo Jacob a su hijo José; allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: "Dame de beber". Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?". Porque los judíos no se tratan con los samaritanos. Jesús le contestó: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva". La mujer le dice: "Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?"; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?. Jesús le contestó: "El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna".

La mujer le dice: "Señor, dame de esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla. Veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén". Jesús le dice: "Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no

conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad". La mujer le dice: "Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo". Jesús le dice: "Soy yo, el que habla contigo". En aquel pueblo muchos creyeron en Él. Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: "Ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo".

La mujer samaritana (¡mujer y samaritana!) busca en el viejo pozo de Jacob agua estancada para saciar su sed y la de los suyos... y se encuentra de bruces con Jesús, el "Pozo nuevo" que da un agua siempre viva. En realidad la sed de la aldeana era más profunda que la física, era una sed de felicidad profunda (como la mía y la tuya). Todos buscamos el pozo de la felicidad, donde podamos beber y no volver a tener sed. Perseguimos una meta, una esperanza que nos parece tan ilusionante y, al alcanzarla, vemos que aún no era la definitiva, que hay que seguir la dura caminata. Fíjate en la samaritana... ¡cinco maridos ya! Y sin encontrar aún lo que perseguía. Aunque no seamos conscientes, siempre que buscamos la felicidad es a Dios a quien buscamos; como dice S. Agustín: "Nos hiciste Señor para ti, y nuestro corazón no descansa si no es en Ti". Señor Jesús, haznos entender que no hay más pozo de la Vida que tú. Danos la humildad para llegar hasta ti, para dejarnos encontrar.

Rubén García Peláez

Lunes, 25 de febrero de 2008

Lc 4, 24-30

En aquel tiempo, dijo Jesús al pueblo en la sinagoga de Nazaret: "Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado, más que Naamán, el sirio". Al

oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.

Jesús visita la sinagoga de Nazaret y, en lugar de ser honrado y agasajado como suelen serlo los hijos ilustres de un lugar, quieren matarlo. Jesús predica un Dios, un Reino, que no entra en aquellas mentes estrechas. ¡Pero si es el hijo del carpintero... qué sabrá este! ¡Si no ha ido a la universidad, quien se creará para darnos lecciones! La falta de humildad cierra muchas veces las puertas a la Buena noticia de la salvación. La historia se repite... hoy muchos se cierran a la salvación porque no tienen la humildad suficiente para reconocer que han errado el camino y deben cambiar. Otras veces rechazamos el mensaje porque no aceptamos las mediaciones humanas a través de las cuales nos llega... ¡estos curas!, ¡esta Iglesia! "Si se modernizara..." o, como decían los de Nazaret: "si hicieras un signo te creeríamos" Y queremos despeñar a Jesús, borrarlo de la vista con su mensaje siempre incómodo.

Rubén García Peláez

Martes, 26 de febrero de 2008

Mt 18, 21-35

En aquel tiempo, se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: "Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?". Jesús le contesta: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo".

El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: "Págame lo que me debes". El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré". Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Toda

aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”. Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano”.

¿Cuántas veces tengo que perdonar? Que pronto nos cansamos, Pedro, tu y yo, de perdonar. “Bueno sí, pero tonto no”, decimos. No entramos en el Reino, si lo hiciéramos nos daríamos cuenta de que perdonar es, en el fondo, devolver una mínima parte de lo que Dios nos regala. El hombre que debía 10.000 talentos (¡unos 1.020.000.000 de pesetas!) no es capaz de imitar la generosidad sin límites del rey que acaba de perdonarle, y exige a su acreedor, con toda dureza, los 100 denarios que le debe (unas 1.700 pesetas). ¡Que desproporción! ¡Que pequeño y raquítico es nuestro corazón en comparación con el corazón de Dios! Que nos sintamos Señor perdonados por Ti, reconciliados, para, así, ser capaces de perdonar a otros.

Rubén García Peláez

Miércoles, 27 de febrero de 2008

Mt 5, 17-19

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres, será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos”.

El que es de fiar en lo pequeño, es también de fiar en lo importante. Sin embargo, nosotros disculpamos fácilmente nuestros deslices cotidianos, siempre estamos prontos para eludir responsabilidades. “Bah, lo que cuenta es sólo la intención”. Ese no es el estilo de Jesús. Las grandes decisiones, para bien o para mal, se forjan en las pequeñas decisiones que pueden ir, o no, en la dirección correcta. La ley bien entendida no es esclavitud. Puede ser signo de amor y de libertad interior. La ley -los mandamientos de Dios, las normas de la vida familiar de la comunidad religiosa, o de la Iglesia- se puede

cumplir sólo por evitar el castigo, o por un sentido del deber, o por amor. El amor lo transforma todo. También las cosas pequeñas, los detalles. El amor de cada día está hecho de detalles, no tanto de cosas solemnes y heroicas.

Rubén García Peláez

Jueves, 28 de febrero de 2008

Lc 11, 14-23

En aquel tiempo, Jesús estaba echando un demonio que era mudo y, apenas salió el demonio, habló el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron: "Si echa los demonios es por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios". Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo del cielo. Él, leyendo sus pensamientos, les dijo: "Todo reino en guerra civil va a la ruina y se derrumba casa tras casa. Si también Satanás está en guerra civil, ¿cómo mantendrá su reino?"

Vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Pero, si otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte el botín. El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama".

Cada vez que se habla de demonios en el texto evangélico, nos sentimos incómodos. Ciertamente un cristiano moderno debe desembarazarse de algunas imágenes grotescas del pasado. No obstante, el mal no se explica totalmente en razón de la libertad humana. Estamos a veces obligados a constatar que el mal tiene raíces extremadamente profundas, y que no alcanzamos a comprender... Nos sentimos como el juguete de fuerzas más fuertes que nuestra voluntad. Y, por otra parte, la amplitud del mal parece orientarnos hacia una dimensión cósmica, radical, colectiva, del imperio de Satán; hay violencias, corrientes oscuras, fuerzas destructoras que trabajan y que ningún hombre parece poder dominar.

Pero Cristo ha venido a traer la luz a las tinieblas. Quien acepta a Cristo en su vida tiene una luz que no se apaga. La batalla es ardua, pero el Resucitado es el vencedor. Señor, que yo esté siempre a tu lado en el combate contra la mentira, la opresión, la violencia y la injusticia. Amén.

Rubén García Peláez

Viernes, 29 de febrero de 2008

Mc 12, 28-34

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: "¿Qué mandamiento es el primero de todos?". Respondió Jesús: "El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo a éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que éstos". El escriba replicó: "Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios". Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: "No estás lejos del reino de Dios". Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Un letrado, experto en la Ley judía le pregunta a Jesús: ¿Qué mandamiento es el primero de todos? Jesús no se dedica a dar respuestas ocurrentes. Como enamorado de la Ley que es, le recuerda lo que dice el Deuteronomio (Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser) y el Levítico (Amarás a tu prójimo como a ti mismo). Aquí está todo, no hace falta decir más. Jesús establece un nexo indisoluble entre el primer mandamiento (el referido al amor a Dios) y el segundo (el referido al amor al prójimo), hasta el punto de que la redacción de Marcos da una patada a la gramática para poner de relieve la unidad de ambos: No hay mandamiento mayor que "estos". Señor Jesús, que tus discípulos de hoy no separemos nunca amor a Dios y al hermano, que no convirtamos la oración en una mentira que no transforma la vida.

Rubén García Peláez

Sábado, 1 de marzo de 2008*Lc 18, 9-14*

En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: "Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo". El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador". Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla, será enaltecido".

En el evangelio de hoy dos hombres suben al Templo a orar. La oración es necesaria; alguien dijo que es como la "respiración de la fe". No hay vida sin respiración. En la oración el corazón se desnuda ante Dios. Pero, ¡qué distinta es la actitud de uno y de otro! El publicano, un ladrón público, que se enriquece con el fraude, no está orgulloso de su vida. Sólo sabe pedir perdón y arrepentirse ante Dios. En cambio el fariseo, judío estricto, hombre cumplidor y practicante fiel, va al Templo para que Dios le aplauda por lo bueno que es... pues mira por donde, dice Jesús, aquel fue a su casa justificado y este no. Tenemos tanto que aprender del Evangelio aún... La oración no debe ser autojustificación, sino ponerse en las manos de Dios con nuestras miserias, sin caretas, para que Él nos acoja como el Padre misericordioso que es.

Rubén García Peláez**Domingo, 2 de marzo de 2008***Jn 9, 1. 6-9. 13-17. 34-38 (breve)*

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Y escupió en tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego y le dijo: "Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)". Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: "¿No es ése el que se sentaba a pedir?". Unos decían: "El mismo". Otros decían: "No es él, pero se le parece". Él respondía: "Soy yo". Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había

adquirido la vista. Él les contestó: "Me puso barro en los ojos, me lavé, y veo". Algunos de los fariseos comentaban: "Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado". Otros replicaban: "¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?". Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: "Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?". Él contestó: "Que es un profeta". Le replicaron: "Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?". Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: "¿Crees tú en el Hijo del hombre?". Él contestó: "Y quién es, Señor, para que crea en él". Jesús le dijo: "Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es". Él dijo: "Creo, Señor". Y se postró ante Él.

"¿También nosotros estamos ciegos?" es la pregunta que le dirigen a Jesús los "sabelotodos" de la época. Otra vez Jesús peleado con los "buenos"... Lo central de este evangelio no es el milagro, que el evangelista despacha con un par de versículos. Lo esencial es el proceso que conduce a la fe. Al principio todos están ciegos, al final uno, aquel que supo admitir su ceguera, quedó curado, los demás permanecieron en las tinieblas, porque quien no conoce a Cristo no conoce la Luz. El ciego de nacimiento sale de la oscuridad por su fe "¡Creo en ti, Señor!". Señor, ayúdanos a desterrar de nosotros la ceguera de la incredulidad, del orgullo, del prejuicio, aceptánde como la Luz que eres.

Rubén García Peláez

Lunes, 3 de marzo de 2008

Jn 4, 43-54

En aquel tiempo, salió Jesús de Samaria para Galilea. Jesús mismo había hecho esta afirmación: "Un profeta no es estimado en su propia patria". Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta. Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verle, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose. Jesús le dijo: "Como no veáis signos y prodigios, no creéis". El funcionario insiste: "Señor, baja antes de que se muera mi niño". Jesús le contesta: "Anda, tu hijo está curado". El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que estaba curado. Él les preguntó a qué hora

había empezado la mejoría. Y le contestaron: "Hoy a la una lo dejó la fiebre". El padre cayó en la cuenta de que ésa era la hora cuando Jesús le había dicho: "Tu hijo está curado". Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

San Juan, después del encuentro de Nicodemo y la Samaritana con Jesús, nos habla de un pagano, un funcionario real, que se presenta a Jesús angustiado. ¿Qué mayor sufrimiento que la muerte de un hijo? El signo milagroso de Jesús nos revela las verdaderas condiciones de la fe: confianza incondicional en la persona de Cristo, suficientemente firme para resistir los reproches de Jesús y para aceptar volver a casa sin ningún signo visible, únicamente con las palabras -rebosantes de esperanza-, "anda, tu hijo está curado". ¿Pedimos signos a Dios para creer en Él? ¿No será más bien que estamos ciegos a los signos humildes y cotidianos que pone ante nosotros?

Rubén García Peláez

Martes, 4 de marzo de 2008

Jn 5, 1-3. 5-16

Después de esto, se celebraba una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Junto a la puerta de las Ovejas, en Jerusalén, hay una piscina llamada en hebreo Betsata, que tiene cinco pórticos. Bajo estos pórticos yacía una multitud de enfermos, ciegos, paralíticos y lisiados, que esperaban la agitación del agua. Había allí un hombre que estaba enfermo desde hacía treinta y ocho años. Al verlo tendido, y sabiendo que hacía tanto tiempo que estaba así, Jesús le preguntó: "¿Quieres curarte?". El respondió: "Señor, no tengo a nadie que me sumerja en la piscina cuando el agua comienza a agitarse; mientras yo voy, otro desciende antes". Jesús le dijo: "Levántate, toma tu camilla y camina". En seguida el hombre se curó, tomó su camilla y empezó a caminar. Era un sábado, y los judíos dijeron entonces al que acababa de ser curado: "Es sábado. No te está permitido llevar tu camilla". Él les respondió: "El que me curó me dijo: "Toma tu camilla y camina"". Ellos le preguntaron: "¿Quién es ese hombre que te dijo: "Toma tu camilla y camina?"". Pero el enfermo lo ignoraba, porque Jesús había desaparecido entre la multitud que estaba allí. Después, Jesús lo encontró en el Templo y le dijo: "Has sido curado; no vuelvas a pecar, de lo contrario te ocurrirán peores cosas todavía". El hombre fue a decir a los judíos que era Jesús el que lo había curado. Ellos atacaban a Jesús, porque hacía esas cosas en sábado.

En este martes de la cuarta semana de cuaresma, el Evangelio nos describe con pelos y señales que Jesús no paraba. Sí, sí. Nos describe que nuestro Salvador no era de esos hombres que se cruzaba de hombros mientras dejaba que los problemas se resolvieran solos. Jesucristo era de los que se remangaba las mangas para trabajar, para anunciar, para estar allí donde se le necesitaba, para jugársela... Así se la jugó por aquel hombre que llevaba treinta y ocho años postrado en una camilla.

Hoy seguimos mirando este pasaje buscando una pincelada que ilumine nuestra vida. Y no nos hemos dado cuenta de que esa pincelada no esparce su color sino metemos la brocha en el corazón de Jesús, aceptando su forma de actuar y de sentir, y descubriendo que cualquier persona, por muy despreciable, enferma, odiosa y pobre que sea, es DESTINATARIA DEL AMOR DE DIOS. Un amor que no se limita a las entrañas de la compasión sino que se acerca y compromete. Un amor que no esclaviza sino que libera: "Toma tu camilla y echa a andar".

Roberto da Silva Caetano

Miércoles, 5 de marzo de 2008

Jn 5, 17-30

Dijo Jesús a los judíos: "Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo". Por eso los judíos tenían más ganas de matarlo: porque no sólo abolía el sábado, sino también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios. Jesús tomó la palabra y les dijo: "Os lo aseguro: El Hijo no puede hacer por su cuenta nada que no vea hacer al Padre. Lo que hace éste, eso mismo hace también el Hijo, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará obras mayores que ésta, para vuestro asombro. Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo el juicio de todos, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió. Os lo aseguro: Quien escucha mi palabra y cree al que me envió, posee la vida eterna y no se le llamará a juicio, porque ha pasado ya de la muerte a la vida. Os aseguro que llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán. Porque, igual que el Padre dispone de la vida, así ha dado también al Hijo el disponer de la vida, y le ha dado potestad de juzgar, porque es el Hijo del hombre. No os sorprenda, porque viene la hora en que los que están en el sepulcro oirán su voz: los

Palabra del Señor 2008

que hayan hecho el bien saldrán a una resurrección de vida; los que hayan hecho el mal, a una resurrección de juicio. Yo no puedo hacer nada por mí mismo; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”.

Jesús, consciente de que le queda mucho por hacer y poco tiempo, se ha lanzado a la carrera de anunciar la voluntad, el amor del que le envió, y lo hace sin miedo, con todas sus consecuencias, y la única manera posible de pararlo es ponerle la zancadilla. Así es como pensaron los judíos y, por desgracia, es así como pensamos el noventa por ciento de las veces cuando alguien nos ensombrece. Sin pararnos a pensar si quién nos ensombrece es Dios mismo y si lo hace simplemente para protegernos del sol. Así somos muchas veces, nuestra naturaleza nos impulsa antes a descalificar que a sentarnos a pensar si nos equivocamos.

Y hay que reconocer que los judíos en el Evangelio de hoy tenían sus motivos: No respetar el sábado, atreverse a llamar a Dios Padre y osar igualarse a Él. En esto nosotros no somos muy diferentes porque puestos a sacar justificaciones sacamos hasta debajo de las piedras. Razones para enmendar la plana a Cristo, al Papa, a quién se nos ponga por delante. Pero, aparte de las motivaciones de uno y de otros, he aquí la gran diferencia que nos ofrece un punto de apoyo para creer con más fuerza: SUS OBRAS, las de su tiempo, las de ahora mientras me dirijo a ti, y las que obrará cuando ni tú ni yo estemos.

Roberto da Silva Caetano

Jueves, 6 de marzo de 2008

Jn 5, 31-47

Dijo Jesús a los judíos: “Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es válido. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es válido el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio de la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz. Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar; esas obras que hago dan testimonio de mí; que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su semblante, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no le creéis. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están

dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio, a ése sí lo recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no dais fe a sus escritos, ¿cómo daréis fe a mis palabras?”.

Hay una sola frase en la Palabra de Dios que a primera vista me parece que Cristo la haya dicho exclusivamente para mí. Aunque soy de los piensan que quién se acerca a la Biblia, y más concretamente a los relatos evangélicos, con los ojos de la fe se encuentra con una frase de Cristo destinada única y exclusivamente para cada uno de nosotros. La mía en este día y con mi estado de ánimo es esta: “Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es válido.”

No espero que nadie hable de mí, ni me elogie, ni nada de eso, sino que os detengáis conmigo y pensemos en qué clase de cristianos nos estamos convirtiendo. De los que, para sentir que su fe está viva, hablan de lo que hacen o de los que dejan simplemente que sus obras, y sólo ellas, hablen. Pero a mí me duele pensar otra cosa peor: que hay muchos cristianos que no se preocupan ni de lo uno ni de lo otro. Pero cómo es posible esto... Con la cantidad de milagros que Cristo ha obrado en la historia de la humanidad, con la muchedumbre de personas que han ofrecido sus vidas siguiendo esos milagros, iluminándonos para que no nos perdamos. Pero cómo..., cómo...

Roberto da Silva Caetano

Viernes, 7 de marzo de 2008

Jn 7, 1-2. 10. 25-30

Recorría Jesús la Galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las tiendas.

Después que sus primeros parientes se marcharon a la fiesta, entonces subió el también, no abiertamente, sino a escondidas.

Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: “¿No es éste el que intentan matar? Pues mirad como habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que éste es el Mesías? Pero sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías,

cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene". Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: "A mí me conocéis, y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz; a ése vosotros no lo conocéis; yo lo conozco, porque procedo de él, y él me ha envidado". Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.

Quién sólo haya leído la primera frase de este evangelio, ya sea por falta de tiempo o porque la frase que ha leído concuerda perfectamente con lo que conocía sobre Jesús, se mueve en dos niveles:

El primer nivel es el derecho que tiene toda persona a conocer a Dios, a hacerse una idea acerca de Él. Como el lector que, leyendo hoy sólo esa primera línea, ha marchado a su trabajo con la idea de que Cristo es un cobarde, que huye de la muerte. Y pensará ese lector mientras coge el coche, el autobús o va andando por alguna calle de León, que para seguir a un cobarde no merece la pena. Que hay muchos cobardes en el mundo como para perder el tiempo con uno.

Esto que parece de chiste es lo que se planteaban los judíos: "Nosotros sabemos de dónde viene éste, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene".

El segundo nivel es ejercer ese derecho, que tenemos todos a conocerle, con todas sus consecuencias, con la obligación de conocerle de verdad, no a trozos y como nos conviene sino acercándonos a su Palabra y a su Presencia, mediante la comunidad de cristianos, mediante los sacramentos y la oración. Quién opte por otros atajos, marchará por el mundo engañándose a si mismo, perdiendo la oportunidad de conocerle realmente.

Roberto da Silva Caetano

Sábado, 8 de marzo de 2008

Jn 7, 40-53

Algunos de entre la gente, que habían oído que los discursos de Jesús, decían: "Éste es de verdad el profeta". Otros decían: "Éste es el Mesías". Pero otros decían: "¿Es que de Galilea va a venir el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?" Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima. Los guardias del templo acudieron a los sumos

sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: “¿Por qué no lo habéis traído?”. Los guardias respondieron: “Jamás ha hablado nadie como ese hombre”. Los fariseos les replicaron: “¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la Ley son unos malditos”.

Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: “¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?”. Ellos le replicaron: “¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas”. Y se volvieron cada uno a su casa.

En este sábado, a las puertas de celebrar el quinto domingo de cuaresma, descubrimos en el Evangelio de hoy, una actitud que nos ayuda a acercarnos comunitariamente a la Eucaristía Dominical de mañana.

Esa actitud, que nos debería acompañar siempre, es **DEJARNOS CUESTIONAR SIEMPRE POR DIOS**, no creer que lo sabemos todo de Él, pensar que todavía nos queda mucho trecho para alcanzarle. Y lo digo porque cuántas veces los cristianos discutimos, vociferando teoremas de lo que es la comunidad de cristianos y lo que deja de ser, y nos olvidamos de lo esencial: aceptar a Cristo tal y como es, tal y como se manifiesta, y no caer en la soberbia de adecuarlo a nuestras estrechas y limitadas miras humanas: “¿Es que de Galilea va a venir el Mesías?... , acaso ¿hay algún jefe o fariseo que haya creído en él?”.

Detrás de estas preguntas nos escondemos los que arrojamos la piedra y luego, para recoger los platos rotos, seguimos escondiendo la mano.

Roberto da Silva Caetano

Domingo, 9 de marzo de 2008

Jn 11, 1-45

Un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana, había caído enfermo. María era la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera; el enfermo era su hermano Lázaro. Las hermanas mandaron recado a Jesús, diciendo: “Señor, tu amigo está enfermo”. Jesús, al oírlo, dijo: “Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria

de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella". Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba. Sólo entonces dice a sus discípulos: "Vamos otra vez a Judea". Los discípulos le replican: "Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y vas a volver allí?". Jesús contestó: "¿No tiene el día doce horas? Si uno camina de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche, tropieza, porque le falta la luz".

Dicho esto, añadió: "Lázaro, nuestro amigo, está dormido; voy a despertarlo". Entonces le dijeron sus discípulos: "Señor, si duerme, se salvará". Jesús se refería a su muerte; en cambio, ellos creyeron que hablaba del sueño natural. Entonces Jesús les replicó claramente: "Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis. Y ahora vamos a su casa". Entonces Tomás, apodado el Mellizo, dijo a los demás discípulos: "Vamos también nosotros y muramos con él". Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania estaba poco de Jerusalén: unos tres kilómetros; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María, para darles el pésame por su hermano. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: "Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá". Jesús le dijo: "Tu hermano resucitará". Marta respondió: "Sé que resucitará en la resurrección del último día". Jesús le dice: "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?". Ella le contestó: "Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo". Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja: "El Maestro está ahí y te llama". Apenas lo oyó, se levantó y salió adonde estaba él; porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde Marta lo había encontrado. Los judíos, que estaban con ella en casa, consolándola, al ver que María se levantaba y salía de prisa, la siguieron, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Cuando llegó María adonde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies diciéndole: "Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano".

Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, sollozó y, muy conmovido, preguntó: "¿Dónde lo habéis enterrado?". Le contestaron: "Señor, ven a verlo". Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: "¡Cómo lo quería!". Pero algunos dijeron: "Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?". Jesús, sollozando de nuevo, llega al sepulcro. Era una cavidad cubierta con una losa. Dice Jesús: "Quitad la losa". Marta, la hermana del muerto, le dice:

“Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días”. Jesús le dice: “¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?”. Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado”. Y dicho esto, gritó con voz potente: “Lázaro, ven afuera”. El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: “Desatadlo y dejadlo andar”. Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en Él.

Acercándonos al Evangelio podremos descubrir con los ojos de la fe dos realidades muy propias para el Domingo:

La primera que no debe faltar en ninguna Celebración Dominical es LA FAMILIARIDAD. Cristo tenía en Betania más que unos amigos, tenía su casa. ¿Podremos decir lo mismo de nuestras celebraciones? Y voy más al grano: ¿me hago presente en la comunidad cristiana donde vivo?, o si alguna vez acudo a la Eucaristía ¿la vivo como un encuentro real con Cristo, acompañado de hermanos con mis mismas inquietudes?

Seguramente alguno, como me ha pasado a mí en muchas ocasiones, se justifique –eso sí, dejando pelos en la gatera- que le es muy difícil ante muchas celebraciones frías, lejanas..., pero quien piense así se ha olvidado de que una celebración eucarística es el espejo del alma de una comunidad. Y si la Eucaristía contagia más frío que calor es porque los que participamos simplemente estamos.

Eso me lleva a la segunda realidad que no puede faltar en nuestras Eucaristías Dominicales y que brota de la pregunta de Jesús a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?”

Si nos atrevemos a creer, ¿por qué se nos hace tan cuesta arriba hacer algo más sencillo? Aportar un poco de calor cantando, leyendo, pidiendo, dando gracias, pasando la cesta, ayudando al sacerdote en el altar, preocupándome de los pobres de la parroquia... Si de verdad somos capaces de tan alto acto de fe, por qué fallamos en los pequeños actos de cada Domingo, por qué...

Roberto da Silva Caetano

Lunes, 10 de marzo de 2008*Jn 8, 12-20*

Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio y, colocándola en medio, le dijeron: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?". Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: "El que esté sin pecado, que tire la primera piedra". E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: "Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?". Ella contestó: "Ninguno, Señor". Jesús dijo: "Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más".

En este lunes, observando a la adúltera, puede parecer a primera vista que la ley, aunque carezca de una brizna de justicia, tiene que aplicarse con todo su rigor por la mera hipótesis de que una ley está al servicio del bien común.

Si hemos tenido la curiosidad de continuar el pasaje evangélico, descubriremos que con Cristo no se cumple esa ley concreta, se cumple otra mayor: "Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?". Ella contestó: "Ninguno, Señor". Jesús dijo: "Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más".

Y se me revuelven las entrañas pensar que hemos ido a peor. Sí, sí. Lo digo como lo siento y no miento ni dramatizo. Ahora ya no son adúlteras, ni ladrones, los que ponemos en medio -ellos por lo menos se pueden defender- sino que ahora son bebés, ahora son nuevas vidas que se ponen en medio del corro y ante las cuales no hay titubeos en apedrear.

Y mucho me temo que cuando nos presentemos ante Cristo mirará la bolsa de nuestros pecados y observará disgustado que los hemos arrojado como piedras en nuestro camino a quién nos hemos encontrado.

Roberto da Silva Caetano

Martes, 11 de marzo de 2008*Jn 8, 21-30*

Dijo Jesús a los fariseos: "Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros". Y los judíos comentaban: "¿Será que va a suicidarse, y por eso dice: "Donde yo voy no podéis venir vosotros?". Y él continuaba: "Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis por vuestros pecados: pues, si no creéis que yo soy, moriréis por vuestros pecados". Ellos le decían: "¿Quién eres tú?". Jesús les contestó: "Ante todo, eso mismo que os estoy diciendo. Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me envió es veraz, y yo comunico al mundo lo que he aprendido de él". Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre. Y entonces dijo Jesús: "Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que soy yo, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada". Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él.

Hoy la lectura del Evangelio me ha asustado al escuchar de labios del mismo Jesús: "Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros". Y me he asustado porque mi ilusión desde que tengo uso de razón es ser un buen cristiano, parecerme a Jesús. Pero también soy consciente de que muchas veces esa ilusión se ha quedado en propósito, en una cortina de humo para ocultar mis pecados, para encubrir mi ausencia en el seguimiento de Cristo.

Me pregunto si Jesucristo al afirmar más adelante: "Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que soy yo" no lo estaría diciendo por todos los que nos apuntamos a la fe cuando corren buenos tiempos y cuando vienen mal dadas nos volvemos contra Él, reclamando, exigiendo...

Pero lo que son las cosas, al leer por segunda vez el texto me he tranquilizado porque Cristo dirige este discurso a los fariseos. Las malas pasadas que me juega el subconsciente.

Roberto da Silva Caetano

Miércoles, 12 de marzo de 2008*Jn 8, 31-42*

Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: "Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Le replicaron: "Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Seréis libres?". Jesús les contestó: "os aseguro que quien comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; sin embargo, tratáis de matarme, porque no dais cabida a mis palabras. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre". Ellos replicaron: "Nuestro padre es Abrahán". Jesús les dijo: "Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios, y eso no lo hizo Abrahán. Vosotros hacéis lo que hace vuestro padre". Le replicaron: "Nosotros no somos hijos de prostitutas; tenemos un solo padre: Dios". Jesús les contestó: "Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque yo salí de Dios, y aquí estoy. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió".

Si hay algo que cada vez tengo más claro es esta frase con la que termina Cristo el Evangelio de hoy: "Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque yo salí de Dios, y aquí estoy. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió".

Si de verdad estuviéramos unidos a Dios, a su amor, no nos resultaría difícil descubrirle en nuestra vida, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos. De descubrir con un solo vistazo de ojos todo lo que sale de Él. Es más, seríamos incapaces de estar sin Él, de no contar con Él.

Pero por qué no vivimos así. La respuesta hay que buscarla al comienzo del Evangelio, otra vez de labios de Jesús: "Si os mantenéis en mi palabra... os hará libres". Esa es la verdad. Estamos tan atados que no tenemos libertad suficiente para poder acercarnos a Dios, estamos tan llenos de pequeñas esclavitudes que la promesa de la libertad nos asusta y tambalea nuestra maltrecha felicidad.

Roberto da Silva Caetano

Jueves, 13 de marzo de 2008*Jn 8, 51-59*

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: "Os aseguro: quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre". Los judíos le dijeron: "Ahora vemos claro que estás endemoniado; Abrahán murió, los profetas también, ¿y tú dices: "Quien guarde mi palabra no conocerá lo que es morir para siempre"? ¿Eres tú más que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes?". Jesús contestó: "Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: "Es nuestro Dios", aunque no lo conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera: "No lo conozco" sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría". Los judíos le dijeron: "no tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?". Jesús les dijo: "Os aseguro que antes que naciera Abrahán existo yo". Entonces agarraron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo.

El pasaje nos sitúa a Jesús manteniendo un agrio debate con los judíos. Él afirma su poder para dar la vida más allá, incluso, de la muerte. Y sus adversarios ven aquí un nuevo argumento para proyectar su rechazo contra Jesús. Es la prueba evidente de que está endemoniado, es decir, de que definitivamente está loco, está fuera de sí.

Con su respuesta Jesús justifica su conducta: su modo de actuar viene exigido por su obediencia al Padre, a quien conoce desde siempre. Si obrara en contra del que le ha enviado sería un hipócrita, como lo son los judíos. Todo lo que él es, lo que hace, lo que dice, no se lo atribuye en último término a sí mismo, sino al Padre.

Jesús ha recibido del Padre el poder de dar la vida. Aceptarle a él es adherirse a la vida y superar la muerte. Este poder que Jesús se otorga suponía ponerse por encima de Abraham y de los profetas y esto era algo inaceptable para un judío.

Frente a la aversión de los que rechazan a Jesús, nosotros descubrimos hoy la verdad que hay en su palabra. Jesús nos dice que guardar su Palabra es fuente de vida eterna, anuncia que quien le dé su fe y le acoja en el corazón entrará a participar en la misma vida de Dios. Es verdad que la realidad de la muerte corporal no se puede

negar –Jesús mismo pasó por ella y sus discípulos deberán hacerlo–. Sin embargo, los discípulos de Cristo participan de una vida que transfigura al hombre y al mundo. Esta vida que comienza en el hombre mortal conocerá un día su total plenitud cuando la resurrección de Cristo haga irrupción en el cuerpo de la humanidad.

José Sánchez González

Viernes, 14 de marzo de 2008. Viernes de Dolores

Jn 10, 31-42

En aquel tiempo, los judíos agarraron piedras para apedrear a Jesús: Él les replicó: "Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?". Los judíos le contestaron: "No te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios". Jesús les replicó: "¿No está escrito en vuestra ley: "Yo os digo: sois dioses"? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y no puede fallar la Escritura), a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros que blasfema porque dice que es hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre". Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde antes había bautizado Juan, y se quedó allí. Muchos acudieron a él y decían: "Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan dijo de éste era verdad". Y muchos creyeron en él allí.

Una vez más Jesús manifiesta la naturaleza profunda de su ser: Él es el Mesías, el Hijo de Dios; es uno con el Padre. Así lo atestiguan las obras que realiza (*sus milagros, su oración, su comportamiento, su enseñanza, su preocupación por los últimos de este mundo...*) Jesús hace las obras que el Padre le ha encargado, porque el Padre está en él y él en el Padre. En ellas podemos encontrar sus credenciales.

Sin embargo, algunos judíos niegan el valor de las obras de Jesús y se resisten a creer. No creen porque no quieren creer, porque su espíritu no está abierto, porque su corazón está envuelto por un caparazón de prejuicios, porque Jesús rompe los esquemas preestablecidos de su ideología. Y justifican su increencia con la acusación: *¡Es un blasfemo, porque siendo hombre se quiere hacer Dios!* Jesús merecía por eso ser castigado. Según los judíos observantes de la ley su blasfemia debía costarle la muerte. Por eso cogen piedras para arrojarlas contra él.

Sin embargo el final del texto evangélico es consolador. Jesús no sólo encuentra rechazo. Algunas personas sí son capaces de valorar los signos obrados por Jesús y responden con su fe.

También nosotros hemos tenido la oportunidad de conocer las obras del Señor. Las hemos escuchado y las hemos leído en su evangelio. Y el obrar de Jesús también nos quiere interpelar a nosotros. Rechazo, indiferencia o fe. Esas pueden ser nuestras respuestas ¿Con cuál de ellas nos quedamos?

José Sánchez González

Sábado, 15 de marzo de 2008. Sábado de Pasión

Jn 11, 45-57

En aquel tiempo, muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús [*la resurrección de su hermano Lázaro*], creyeron en él. Pero algunos acudieron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron: "¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación". Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: "Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera". Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos. Y aquel día decidieron darle muerte. Por eso Jesús ya no andaba públicamente con los judíos, sino que se retiró a la región vecina al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y pasaba allí el tiempo con los discípulos. Se acercaba la Pascua de los judíos, y muchos de aquella región subían a Jerusalén, antes de la Pascua, para purificarse. Buscaban a Jesús y, estando en el templo, se preguntaban: "¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?". Los sumos sacerdotes y fariseos habían mandado que el que se enterase de dónde estaba les avisara para prenderlo.

La celebración de la solemnidad de San José, adelantada este año al día de hoy, rompe con la línea temática de los evangelios que hemos venido leyendo durante todos estos días.

José es el protagonista del pasaje evangélico de este día. Mateo nos está narrando los preámbulos del nacimiento de Jesús y es lógico que en este contexto cobre especial relevancia el papel jugado por José.

El primer versículo corresponde al último párrafo de la genealogía de Jesús. Con ello se nos quiere mostrar que José y Jesús pertenecen a la dinastía de David. José, como descendiente de David que es, y al igual que sus antecesores, debe cooperar activamente en la Historia de la Salvación, integrando a Jesús en el Pueblo de Dios y entre los hombres.

El texto también recoge de manera escueta el anuncio de la concepción virginal que ya se ha realizado en María por obra del Espíritu Santo, cuando aún no había comenzado a vivir con José.

José, presentado como un hombre bueno y justo, respeta la obra del Espíritu Santo y decide retirarse causando el mínimo daño a María (Si José la hubiera delatado, ella habría sido juzgada como adúltera). Pero poco más tarde recibe un anuncio del ángel con el que cambia su decisión. En el anuncio se le hace una completa presentación de Jesús: se le comunica su origen divino (*viene del Espíritu Santo*) y su misión de salvar al pueblo de los pecados. Y a través del anuncio José también recibe una vocación: él debe poner el nombre a Jesús, y en la cultura judía el gesto de la imposición del nombre era el rito por el que el padre recibía al niño como hijo suyo. José es llamado a ser el padre de Jesús. La fe le anima finalmente a aceptar su misión necesaria, aunque oscura y silencioso.

José Sánchez González

Domingo, 16 de marzo de 2008. Domingo de Ramos

Mt 27, 11-54 (breve)

En aquel tiempo, Jesús fue llevado ante el gobernador Poncio Pilato, y el gobernador le preguntó: "¿Eres tú el rey de los judíos?". Jesús respondió: "Tú lo dices". Y, mientras lo acusaban los sumos sacerdotes y los ancianos, no contestaba nada. Entonces Pilato le preguntó: "¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti?". Como no contestaba a ninguna pregunta, el gobernador estaba muy extrañado. Por la fiesta, el gobernador solía soltar un preso, el que la gente quisiera. Había entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Cuando la gente acudió, les dijo Pilato: "¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, a quien llaman el Mesías?". Pues sabía que se lo habían entregado por envidia.

Y, mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir: "No te metas con ese justo, porque esta noche he sufrido mucho soñando con él". Pero los sumos sacerdotes y los ancianos convencieron a la gente que pidieran el indulto de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador preguntó: "¿A cuál de los dos queréis que os suelte?". Ellos dijeron: "A Barrabás". Pilato les preguntó: "¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?". Contestaron todos: "Que lo crucifiquen". Pilato insistió: "Pues, ¿qué mal ha hecho?". Pero ellos gritaban más fuerte: "¡Que lo crucifiquen!". Al ver Pilato que todo era inútil y que, al contrario, se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos en presencia de la multitud, diciendo: "Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros!".

Y el pueblo entero contestó: "¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!". Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran. Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda una compañía: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y, doblando ante él la rodilla, se burlaban de él, diciendo: "¡Salve, rey de los judíos!". Luego le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza. Y, terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar. Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz. Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir: "La Calavera"), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó pero no quiso beberlo.

Después de crucificarlo, se repartieron su ropa, echándola a suertes, y luego se sentaron a custodiarlo. Encima de su cabeza colocaron un letrero con la acusación: "Éste es Jesús, el rey de los judíos". Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban lo injuriaban y decían, meneando la cabeza: "Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz". Los sumos sacerdotes con los escribas y los ancianos se burlaban también, diciendo: "A otros ha salvado, y él no se puede salvar. ¿No es el rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libere ahora. ¿No decía que era Hijo de Dios?". Hasta los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban. Desde el mediodía hasta la media tarde, vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde, Jesús gritó: "Elí, Elí, lamá sabak-taní" (Es decir: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"). Al oírlo, algunos de los que estaban por allí dijeron: "A Elías llama éste".

Uno de ellos fue corriendo; en seguida, tomó una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio a beber. Los demás decían: "Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo". Jesús dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu.

Entonces, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba a abajo; la tierra tembló, las rocas se rajaron. Las tumbas se abrieron, y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron. Después que Él resucitó, salieron de las tumbas, entraron en la Ciudad santa y se aparecieron a muchos. El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrorizados: "Realmente éste era Hijo de Dios".

En el Domingo de Ramos, pórtico de entrada a la Semana Santa, escuchamos el intenso y dramático relato de la Pasión del Señor. Se trata de una manera de comenzar a sintonizar de corazón con lo que iremos contemplando y celebrando más detenidamente a lo largo de los próximos días.

La lectura de la pasión nos lleva de la mano de Jesús en los momentos más decisivos y relevantes de su vida. Nos hace testigos de una historia de dolor y de sangre, pero, sobre todo, de una historia de amor extremo. Es una historia de violencia y de pecado, pero también de esperanza, porque significa el preámbulo de la Resurrección.

En concreto, el relato del evangelio de Mateo presenta algunas particularidades:

- Intenta presentar en todo momento a Jesús como el Hijo que lleva hasta sus últimas consecuencias la obediencia a la voluntad de su Padre.
- Destaca el silencio de Jesús, sobre todo después de ser traicionado; un silencio que tiene en sí mismo un valor de enorme significado. Jesús no protesta, no se justifica, no pretende dar más explicaciones ni defenderse. Él ha aceptado la voluntad del Padre y asume su destino desde una actitud de abandono confiado.
- Se pone especial énfasis en mostrar que en Jesús se cumplen las promesas mesiánicas, incluso en su pasión: *Porque está escrito...*
- Resalta las distintas actitudes y reacciones que se dan entre los que son testigos de la pasión de Cristo: la vehemencia inicial y el miedo posterior de Pedro, el rechazo unánime de la multitud, la inoperancia de Pilato...

Leyendo el relato de Mateo, es difícil permanecer fuera del drama que en él se desarrolla. Los cristianos de cualquier época podemos reconocer nuestra propia respuesta a Jesús en las de aquellos que rodearon sus últimos momentos.

José Sánchez González

Lunes, 17 de marzo de 2008. Lunes Santo

Jn 12, 1-11

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: "¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?". Esto lo dijo, no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa llevaba lo que le iban echando. Jesús dijo: "Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis".

Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

El texto evangélico de hoy nos narra la unción de Jesús en Betania, un pasaje que cobra aún más significado cuanto más nos vamos acercando a la celebración de la pasión, muerte y resurrección del Señor.

Jesús acude a casa de sus amigos Lázaro, Marta y María. Ellos le acogen y le ofrecen su hospitalidad y su afecto. Cuando las hostilidades contra Jesús se iban desatando cada vez con más fuerza, parece que el hogar de Betania le va a ofrecer un último momento de paz y tranquilidad. Sin embargo la ocasión vuelve a servir para que Jesús anuncie, sin cortapisas, lo que está a punto de suceder. Su acercamiento a Lázaro también da pie a sus perseguidores para reafirmarse en la decisión de terminar con la vida de los dos.

Hasta aquí, los planes de dar muerte a Jesús se habían estrellado con los planes divinos –Aún no había llegado *la Hora*–. Sin embargo, a partir de ahora parece que ya se van a precipitar los acontecimientos.

La intervención de María viene a ser el corazón de este relato. Inconsciente e involuntariamente ella va a anunciar la proximidad de la muerte y glorificación de Jesús. El gesto de derramar un caro perfume sobre los pies del Señor evoca la costumbre judía de ungir los cadáveres. –Los perfumes costosos se reservaban habitualmente para enterrar a lo muertos–. Jesús no se lo impide porque sabe mejor que nadie el destino que le espera.

Pero no todos comprenden lo sucedido. Judas no se contiene y protesta. Su corazón envenenado por el dinero no entiende el despilfarro y se justifica con la disculpa de la ayuda a los pobres. El Iscariote también nos va mostrando así su verdadero rostro y el afán profundo de su corazón que le llevarán finalmente a traicionar al maestro.

José Sánchez González

Martes, 18 de marzo de 2008. Martes Santo

Jn 13, 21-33. 36-38

En aquel tiempo, Jesús, profundamente conmovido, dijo: “Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar”. Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús tanto amaba, estaba reclinado a la mesa junto a su pecho. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: “Señor, ¿quién es?”. Le contestó Jesús: “Aquel a quien yo le de este trozo de pan untado”. Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: “Lo que tienes que hacer hazlo en seguida”. Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús: “Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: “Donde yo voy, vosotros no podéis ir””. Simón Pedro le dijo: “Señor, ¿adónde vas?”. Jesús le respondió: “A donde yo voy no

me puedes acompañar ahora, me acompañarás más tarde". Pedro replicó: "Señor, ¿por qué no puedo acompañarte ahora? Daré mi vida por ti". Jesús le contestó: "¿Conque darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces".

El evangelio de hoy reproduce el mismo tono sobrecogedor y premonitorio que también veíamos en el pasaje del lunes. Jesús vuelve a predecir algunos de los acontecimientos que tendrán que ver con su partida de este mundo. En concreto Jesús anuncia la traición de Judas y la negación de Pedro. Ambos personajes van cobrando, así, un especial protagonismo en el desenlace de la vida terrena de Jesús:

- Judas encarna al que ha compartido su vida con Jesús; ha visto y ha escuchado lo que Jesús ha dicho y ha hecho. Hasta el último momento recibe el pan de la mano del maestro; pero la vida nueva de Jesús no ha entrado en él.

- Pedro, por su parte, simboliza al discípulo que ve y escucha lo que Jesús hace y dice; se deja vencer y convencer por Jesús hasta dejarlo todo para seguirle y no vacila en prometer que si fuera necesario entregaría su propia vida por él. Pero ante la primera dificultad Pedro se paraliza y olvida sus buenos propósitos. Le cuesta dar la cara por Jesús.

La predicción de Jesús deja desorientados a los que le escuchan ¿Cómo es posible que vayan a ser precisamente sus más íntimos quienes le fallen en los momentos decisivos? Pero más desconcertante aún es la aparente pasividad del resto de los discípulos. Parece que nadie se da por enterado. ¿No habría sido lo más lógico someter a una estricta vigilancia a Judas para que no pudiera hacer lo que se había anunciado? Pero nadie hace nada y Judas sale tranquilamente dispuesto a cumplir con su plan. Es como si ya nada se pudiera interponer a unos acontecimientos que definitivamente forman parte del proyecto salvador de Dios.

José Sánchez González

Miércoles, 19 de marzo de 2008. Miércoles Santo

Mt 26, 14-25

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: "¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego?". Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El

primer día de los Ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: "¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?". Él contestó: "Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: "El Maestro dice: Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos"". Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: "Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar". Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: "¿Soy yo acaso, Señor?". Él respondió: "El que ha mojado en la misma fuente que yo, ése me va a entregar. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!; más le valdría no haber nacido". Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: "¿Soy yo acaso, Maestro?". El respondió: "Tú lo has dicho".

La lectura de hoy nos narra los prolegómenos que preceden a la Última Cena. Nos encontramos con una doble preparación que anuncia lo que va a suceder posteriormente. Por una parte, Judas prepara su traición a Jesús con los sumos sacerdotes: ajusta con ellos la cantidad que va a percibir a cambio de entregar al maestro. Por otra, el resto de discípulos lleva a cabo la preparación material de la cena de pascua, que tan ardientemente deseaba celebrar Jesús junto a ellos.

Cuando ya se encontraban sentados a la mesa para cenar el Señor vuelve a anunciar que muy pronto uno de sus discípulos le iba a entregar. Él conoce todos los detalles del complot que sus adversarios están tramando contra su persona, pero sabe que su entrega responde, en último término, al plan de Dios. Con gran dominio de la situación se dirige a los discípulos para identificar al traidor y para anunciar el destino que le aguarda.

La acción de Judas nos lleva también a reflexionar a nosotros. ¿Es posible traicionar a Jesús después de haber vivido con él, tras haber sido llamado por él, tras haber participado en su eucaristía? El afán desmedido de ser más y de poseer más lo hace posible, porque Dios respeta la libertad del hombre hasta ese extremo. Parece una paradoja que en el contexto de intimidad y de amor extremo en el que se desarrolla la primera Eucaristía también haya alguien que se niegue a ser amado. Pero la desgracia de cerrarse al amor de Jesús es peor que todo. *¡Más le valdría (a Judas) no haber nacido!*

José Sánchez González

Jueves, 20 de marzo de 2008. Jueves Santo*Jn 13, 1-15*

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y que a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándolos con la toalla que se había ceñido.

Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: "Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?". Jesús le replicó: "Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde". Pedro le dijo: "No me lavarás los pies jamás". Jesús le contestó: "Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo". Simón Pedro le dijo: "Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús le dijo: "Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos". Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: "No todos estáis limpios". Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: "¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis".

El pasaje del lavatorio de los pies en la Última Cena, leído en el contexto de la celebración del Jueves Santo, nos resulta enormemente sobrecogedor.

Al acercarnos a esta acción de Jesús, tan cargada de valor simbólico, hemos de tener en cuenta que el gesto de lavar los pies era un servicio que se hacía para mostrar acogida y hospitalidad hacia alguien. Pero normalmente lo hacía un esclavo no judío o una mujer, la esposa a su marido, los hijos al padre, etc... Jesús rompe todos estos esquemas y se pone él mismo a lavar los pies a los discípulos. Su máxima libertad le lleva a ejercer el servicio más humilde. Resulta significativo que Juan no hable de la eucaristía en la última cena, pero hable, en cambio, de este gesto simbólico que resume lo que significará la muerte y resurrección de Jesús: la donación absoluta por amor.

Seguro que la sorpresa entre los discípulos fue generalizada, pero sólo es Pedro quien expresa claramente su incomprensión; una incomprensión que sólo se podrá superar "después", es decir, cuando Jesús haya "entregado el espíritu".

Con su gesto Jesús se pone como modelo del comportamiento que los que le siguen deben aplicar a su propia vida. También los discípulos "deben lavarse los pies unos a otros", como lo ha hecho con ellos "el Maestro y Señor". Para que una comunidad se pueda llamar verdaderamente cristiana, debe hacer lo mismo que Jesús: "lavarse mutuamente los pies", es decir, servir, dar la vida hasta el extremo por amor. Porque así es como lo ha hecho Jesús.

José Sánchez González

Viernes, 21 de marzo de 2008. Viernes Santo

Jn 18, 1-19, 42

En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando la patrulla y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allá con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo: "¿A quién buscáis?". Le contestaron: "A Jesús, el Nazareno". Les dijo Jesús: "Yo soy". Estaba también con ellos Judas, el traidor. Al decirles: "Yo soy", retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez: "¿A quién buscáis?". Ellos dijeron: "A Jesús, el Nazareno". Jesús contestó: "Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos".

Y así se cumplió lo que había dicho: "No he perdido a ninguno de los que me diste". Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: "Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi padre, ¿no lo voy a beber?". La patrulla, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; era Caifás el que había dado a los judíos este consejo: "Conviene que muera un solo hombre por el pueblo". Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro.

La criada que había de portera dijo entonces a Pedro: "¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?". Él dijo: "No lo soy". Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de la doctrina. Jesús le contestó: "Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído, de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho yo". Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo: "¿Así contestas al sumo sacerdote?". Jesús respondió: "Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?". Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote. Simón Pedro estaba en pie, calentándose, y le dijeron: "¿No eres también de sus discípulos?". Él lo negó, diciendo: "No lo soy". Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo: "¿No te he visto yo con él en el huerto?". Pedro volvió a negar, y en seguida cantó un gallo.

Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era al amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato fuera, adonde estaban ellos, y dijo: "¿Qué acusación presentáis contra este hombre?". Le contestaron: "Si éste no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos". Pilato les dijo: "Lleváoslo vosotros y juzgado según vuestra ley". Los judíos le dijeron: "No estamos autorizados para dar muerte a nadie". Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: "¿Eres tú el rey de los judíos?". Jesús le contestó: "¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?". Pilato replicó: "¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?". Jesús le contestó: "Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí". Pilato le dijo: "Conque, ¿tú eres rey?". Jesús le contestó: "Tú lo dices: soy rey. Yo para estoy he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz". Pilato le dijo: "Y, ¿qué es la verdad?". Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo: "Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?". Volvieron a gritar: "A ése no, a Barrabás". El tal Barrabás era un bandido.

Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían: "¡Salve, rey de los judíos!". Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: "Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa". Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: "Aquí lo tenéis". Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: "¡Crucifícalo, crucifícalo!". Pilato les dijo: "Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él". Los judíos le contestaron: "Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios". Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más y, entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús: "¿De dónde eres tú?". Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo: "¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?". Jesús le contestó: "No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor".

Desde este momento, Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: "Si sueltas a ése, no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César". Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó fuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman "el Enlosado" (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos: "Aquí tenéis a vuestro rey". Ellos gritaron: "¡Fuera, fuera; crucifícalo!". Pilato les dijo: "¿A vuestro rey voy a crucificar?". Contestaban los sumos sacerdotes: "No tenemos más rey que el César". Entonces lo entregó para que lo crucificaran.

Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado "de la Calavera" (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: "Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos". Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: "No escribas: "El rey de los judíos", sino: "Éste ha dicho: Soy el rey de los judíos"". Pilato les contestó: "Lo escrito, escrito está".

Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, tomaron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba a abajo. Y se dijeron: "No la rasguemos, sino echemos a suerte, a ver a quién le toca". Así se cumplió la Escritura: "Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica". Esto hicieron los soldados. Junto a la

cruz de Jesús estaba su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego, dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu Madre". Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura, dijo: "Tengo sed". Había allí un jarro lleno de vinagre. Y sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: "Está cumplido". E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto, salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: "No le quebrarán un hueso"; y en otro lugar la Escritura dice: "Mirarán al que atravesaron".

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo clandestino de Jesús por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbraba a enterrar a los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

La pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que ya se nos presentó en el pasado domingo como pórtico de entrada en la Semana Santa, vuelve a centrar hoy nuestra atención, en el día en el que recordamos la crucifixión y muerte de Jesús. Entre el relato de Mateo, proclamado el Domingo de Ramos, y el de Juan, que corresponde a la celebración de hoy, encontramos muchos paralelismos. No en vano se trata de la narración de un mismo acontecimiento protagonizado por Jesús en su camino hacia el Calvario. Sin embargo cada uno de los textos nos ofrece unos matices específicos que los hacen peculiares. La Pasión según San Juan subraya, por ejemplo, la figura de un Jesús que es dueño de su propio destino. Trata de resaltar que su vida nadie se la quita, sino que es él quien la entrega voluntariamente. Es su

glorificación. Como si se tratara de la entronización de un rey (en el pretorio es proclamado, coronado y aclamado como rey, aunque algunos lo hagan aparentemente para ridiculizarlo. Siendo reo se manifiesta como Rey y Juez).

Parece que todo el cuarto evangelio ha estado preparando la llegada de este momento culminante. Juan nos habla repetidas veces de la "Hora" de Jesús; de la "elevación" del Hijo del Hombre; del "juicio" de este mundo... y todo ello se cumple ahora. La "Hora" de Jesús se manifiesta, precisamente, cuando el poder político y religioso establecido tratan de anularle como persona. Pero lo que a los ojos de los hombres es la más humillante de las derrotas, se convierte en la definitiva victoria sobre el mundo, sobre el pecado y sobre la muerte. Su luz ha brillado sobre la tiniebla y su palabra se ha manifestado definitivamente como camino, verdad y vida de todos los que viven abofeteados, flagelados y crucificados con él en este mundo.

José Sánchez González

Sábado, 22 de marzo de 2008. Sábado Santo

Mt 28, 1-10. Vigilia Pascual

En la madrugada del sábado, al alborar el primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres. "Vosotras, no temáis; ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí. Ha resucitado, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis". Mirad, os lo he anunciado". Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro; impresionadas y llenas de alegría, corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: "Alegraos". Ellas se acercaron, se postraron ante él y le abrazaron los pies. Jesús les dijo: "No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán".

Durante su vida pública Jesús anunció en distintas ocasiones que tendría que morir, pero que vencería la muerte con su resurrección. Sin embargo, la fe en este anuncio no llegó a arraigar en el corazón de los discípulos. ¿Cómo iba Jesús a poder resucitar de entre los muertos?

Los mismos discípulos parecen resignarse ahora a lo que apunta al final de la historia de Jesús. Habían depositados en él tantas ilusiones, tantas esperanzas... y ahora parece que todo se ha acabado.

Resignadas a la lógica de la muerte del maestro algunas mujeres van a embalsamar su cadáver – Era el último gesto de afecto que podían mostrar hacia aquel a quien habían seguido.

Pero lo que contemplan al llegar al sepulcro rompe de nuevo sus esquemas y da un vuelco a su corazón: la pesada piedra que cerraba el sepulcro estaba corrida y el cuerpo de Jesús no estaba allí. Y un misterioso personaje les anuncia la sorprendente noticia: ¡HA RESUCITADO! Ellas se acordaron entonces de lo que el Señor les había anunciado antes de ser crucificado y creyeron.

En este Sábado Santo, día de silencio y de recogimiento, también nosotros hemos experimentado la oscuridad que significaría una vida sin Dios. Y en medio de la noche de nuestra vida y de tantas noches que se viven en el mundo cada día, nos encontramos de nuevo con el Señor resucitado. Dejemos que también nuestro corazón dé un salto de alegría al contemplar a Cristo vivo, resucitado y triunfante a nuestro lado. Que su luz vuelva a iluminar los rincones más profundos de nuestro corazón.

José Sánchez González

Domingo, 23 de marzo de 2008. Domingo de Resurrección

Jn 20, 1-9

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos donde lo han puesto”. Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían

entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Tres personajes protagonizan el evangelio proclamado en este día de Pascua: María Magdalena, Simón Pedro y Juan. Los tres tenían una característica en común: formaban parte del círculo más íntimo y cercano del maestro. No es casual, pues, que, según el evangelista san Juan, sean precisamente ellos tres los primeros que conocen la gran noticia de la Resurrección del Señor.

El texto refleja un ambiente de sorpresa y sobresalto, reflejado en las prisas con las que se van sucediendo los acontecimientos. La contemplación del sepulcro vacío provoca un trasiego de reacciones y emociones precipitadas. María Magdalena vuelve corriendo a contar la noticia a los discípulos y Pedro y Juan también salen corriendo hacia el sepulcro. Son las prisas de la emoción, del deseo, de la sorpresa.

El sepulcro vacío y las vendas en el suelo son la prueba de que Jesús ha resucitado. Queda excluido el robo de su cadáver, porque un ladrón no hubiera dejado las cosas tan ordenadas. Pero ni siquiera la contemplación del sepulcro vacío es suficiente para atestiguar la Resurrección. Se necesita también dar el paso de la fe. Y eso es, precisamente, lo que hace aquel discípulo al que tanto amaba Jesús: entró en el sepulcro, *vio y creyó*.

A la luz de la fe en la resurrección cobra un nuevo sentido todo lo que habían vivido junto al Señor antes de su muerte. Por fin comprenden las escrituras; por fin entienden en profundidad quien era Jesús y para qué había venido a este mundo.

El sepulcro vacío abre hoy de par en par las puertas de la esperanza humana. ¡La muerte no tiene la última palabra! ¡La victoria de Cristo es nuestra victoria!

José Sánchez González